

La cumbre de Washington y los diálogos subsiguientes

por el Académico de Número

Excmo. Sr. D. JOSÉ M.^a AREILZA y MARTÍNEZ DE RODAS (*)

Terminaba yo mi comunicación a esta Academia, de 2 de diciembre de 1986, sobre «La Cumbre de Islandia» pronosticando que en los meses próximos tendría lugar otra «cumbre» a la que seguirían algunas más. El primero de esos encuentros ya se ha producido. El 8 de diciembre último se firmaba en Washington el primer Acuerdo sobre desarme nuclear de la Historia. Estados Unidos y la Unión Soviética representados por Ronald Reagan y Mikael Gorbachov, respectivamente, ponían sus firmas al pie del documento. El contenido del Tratado ha sido explicado hasta la saciedad por los medios de comunicación del mundo entero. No creo por ello preciso, insistir sobre sus detalles. En resumen, ambas potencias deciden retirar en un plazo definido, los cohetes de *alcance intermedio* instalados en Europa, entendiendo por «intermedio» lo que oscile entre 500 y 5.000 kms. de radio de acción. Es decir, los «SS-20», soviéticos y los «Pershing» y «Cruise», norteamericanos. En total son 441-SS20 y 112-SS-4 de la Unión Soviética y los 108-Pershing-2 y 464-Cruise de las fuerzas norteamericanas los que serán retirados y destruidos. Para simplificar, diremos que las cargas o cabezas nucleares de ambos «paquetes», incluidos en el Acuerdo, son sensiblemente iguales, 1.435 cargas cada parte. El Acuerdo contiene además, un protocolo sobre la mutua inspección «in situ» de las instalaciones militares respectivas con un sistema muy complejo y exhaustivo de verificación. El calendario exige, asimismo, el respeto absoluto de los plazos previstos para la destrucción recíproca y total de los cohetes.

También anuncia el texto del Acuerdo que se proseguirán negociaciones para lograr un eventual convenio futuro, de reducción sustancial de los cohetes estratégicos intercontinentales, así como lo que se refiere a otros aspectos del equilibrio armamentista en el terreno convencional y en el de las armas

(*) Sesión del día 12 de enero de 1988.

químicas. El tema de la IDS, espacial, fue objeto —según parece— de largas conversaciones sin haberse llegado por el momento a ninguna conclusión sobre el mismo.

En los breves días de estancia del Secretario general del Estado soviético en los Estados Unidos, se produjo una verdadera explosión informativa con cientos de comentarios y juicios críticos de diversa índole y contradictoria interpretación. Me limitaré, en mi breve intervención de esta noche, a sintetizar los aspectos fundamentales del Acuerdo y a resumir algunas de las principales opiniones sobre el asunto. También dedicaré unas palabras a lo que puede colegirse, como verosímil, mirando al futuro próximo en el terreno de posibles nuevos Acuerdos.

* * *

La decisión de eliminar los cohetes intermedios tuvo su origen en una decisión del entonces, Canciller de la Alemania Federal, Helmut Schmidt, de filiación social-demócrata, en el año 1979. El mando soviético había desplegado, efectivamente, en los años setenta, un gran número de cohetes de los llamados «SS-20» y «SS-4» con alcances de hasta 5.000 km y cargados con tres cabezas nucleares, polivalentes, cada uno. Ello suponía dejar, a la casi totalidad del territorio de la Europa occidental bajo el radio de acción de esos nuevos cohetes instalados en territorio soviético. El contrapunto teórico que servía de equilibrio a esa amenaza, era el compromiso americano de utilizar, en caso de conflicto abierto, la cobertura de los grandes cohetes estratégicos intercontinentales instalados en Estados Unidos como elemento fundamental disuasor.

Pero resultaba cada día más evidente que el compromiso norteamericano con la defensa de la Europa atlantista, no suponía la entrada automática en el conflicto, utilizando el armamento intercontinental, desde el primer momento, porque ello provocaría el inevitable contrataque soviético —aunque fuera uno sólo— contra el territorio de los Estados Unidos. Y la probable destrucción total de una o dos ciudades —claves— como Chicago, New York o Dallas. Pero la doctrina oficial del estado mayor de la OTAN ofrece hoy día un planteamiento bastante distinto. Se apoya en la llamada «respuesta flexible» y consiste, en esencia, en responder a un eventual primer ataque por sorpresa del Pacto de Varsovia, contra los países europeos de la OTAN, con un gradual aumento del riesgo propio en el contrataque. Es decir, una defensa con armas convencionales, primero y con armas tácticas nucleares de teatro operativo europeo después, pero no acudiendo desde el primer momento a los grandes cohetes intercontinentales sino en el caso de una guerra irrevocable generalizada.

La opción «cero» o «doble cero» de Helmut Schmidt era en resumen la siguiente: despleguemos una red de artefactos nucleares instalados en el territorio de algunos países europeos occidentales de la OTAN. Utilicemos los llamados «Pershing» y los llamados «Cruise». Y hagamos ese despliegue de tal manera que su alcance de hasta 5.000 km envuelva una amenaza directa contra las bases y ciudades de todo el territorio soviético europeo. Incluso a ser posi-

ble hagamos que su alcance, llegue a los centros estratégicos del mando soviético, situados más allá de los Urales, con lo que la vulnerabilidad del mando supremo adversario quedaría en entredicho grave.

Ese despliegue se llevó a cabo en los primeros años de la década del 80 entre grandes protestas de los grupos pacifistas del Occidente atlantista y se llegó incluso a realizar una oferta del «doble-cero», es decir, de la retirada simultánea de unos y de otros cohetes. Pero los líderes soviéticos rechazaron la oferta occidental. Gorbachov, en cambio, entendió muy pronto que esta situación llevaría inevitablemente a desencadenar una espiral nuclear armamentista, irracional, costosísima y llena de peligros de conflicto. El fracaso de la cumbre de Islandia se produjo precisamente al sacar de su carpeta el mandatario soviético, inesperadamente, para ofrecérselo a Ronald Reagan la aceptación de la «doble-cero». El presidente norteamericano fue sorprendido por la trascendencia de la jugada realizada de improviso y sus asesores le aconsejaron que se retirara y suspendiera la Cumbre hasta que pudiera hacerse un examen detenido del asunto. Pero George Schultze, el Secretario de Estado y uno de los políticos más efectivos y sólidos de su equipo, paladín del pragmatismo y poco dado al dogmatismo de los conservadores republicanos, recogió en el acto la iniciativa y se convirtió en el más entusiasta paladín de su aceptación.

Un año ha durado la maduración minuciosa de este Acuerdo de Washington. Hubo numerosos viajes de personajes de uno y otro gobierno para prepararlo. Se reunió en Ginebra un foro permanente de discusión sobre el tema, con dos delegaciones oficiales. Y en Viena otro ámbito de diálogo examinó aspectos complementarios. En la OTAN se planteó esta cuestión, en distintos niveles con una franca y abierta discusión que duró varios meses. Es absolutamente incierta la versión de que los Estados Unidos prescindieron de informar a sus aliados sobre sus planes al respecto. Por el contrario, se hicieron sugerencias muy valiosas sobre el texto del eventual Acuerdo y las consultas bilaterales fueron en estos meses, constantes y diáfanas.

La preparación política del Acuerdo, del lado americano, fue también importante con la presencia, relevado el anterior, por su implicación en el Irangate, del nuevo jefe de gabinete de la Casa Blanca. Howard Baker, fue uno de los más decididos partidarios del Acuerdo. «Cas» Weinberger, duro e implacable Secretario de la Defensa fue destituido. Y en su lugar Frank Carlucci, hombre flexible y sutilísimo, iba a ser con George Schultze, Secretario de Estado, otro de los artífices literales del histórico texto.

* * *

En torno al «Acuerdo» firmado cabe describir rápidamente las distintas posiciones que se observaron en el panorama interior americano y en el de la opinión europea occidental. Ronald Reagan, como es bien sabido, llegó al poder hace siete años, por una pleamar del voto conservador y moralista que reaccionó contra la vacilante política exterior de Carter y el supuesto —o real— desprestigio creciente de la imagen americana en el mundo. Reagan se consideró un abanderado del anticomunismo activo. Llamó reiteradamente en

sus discursos «satánico», al Imperialismo soviético. Se lanzó a un rearme militar de enorme gasto y a medio camino de su mandato, propugnó a bombo y platillo el proyecto de «la guerra de las galaxias», militarizando con ello — oficialmente— el espacio exterior de nuestro mundo planetario. Los escándalos del «Irangate», el enorme déficit del gasto público y de la balanza de pagos, y el declinar creciente y visible de la economía le llevaron, sin embargo, a escuchar, primero, y a aceptar después, las sugerencias del desarme de Gorbachov, manifestadas en la Cumbre de Islandia.

Parece inútil insistir en cuál ha sido el grado clamoroso de las críticas recibidas por Reagan de los sectores más conservadores del partido republicano. Le han calificado a su, antes endiosado líder, de «entreguista», «reblandecido», «engañado» y ¡cómo no!, de oportunista que busca un hueco para seguir figurando en la galería de los grandes presidentes de la historia americana. El grupo de los ocho candidatos a Presidentes del partido republicano ha sido unánime en criticar el Acuerdo con la sola excepción del Vicepresidente Bush, quién por razones obvias, apoyó públicamente la decisión de Reagan. Los candidatos demócratas, en cambio, se sintieron todos ellos identificados con el Tratado. La gran prensa americana: el «Times», el «Post», el «Time», hicieron una razonable defensa del Acuerdo. Mientras que el «Newsweek» se mostraba reticente y contrario.

En la Europa Occidental atlantista hubo, puede decirse, una reacción en general positiva: la prensa británica fue moderadamente favorable al Acuerdo. En la Alemania Federal, la unanimidad en el apoyo fue la nota predominante. En Francia, la extrema derecha, criticó duramente el texto, considerándolo en extremo peligroso. Le «Monde» lo elogió con prudencia y el «Figaro» lo apoyó, aunque señalando algunos de sus peligros. Hay que recordar que Francia ha excluido su cohetería nuclear de alcance medio, no integrada en la OTAN, de la negociación.

Pero ¿cuáles son esos fallos o rendijas que hacen, según algunos comentaristas de ese Acuerdo, «un texto peligroso para el Occidente»?

Veámos rápidamente lo sustancial de esa crítica: «Si desaparecen los cohetes de medio alcance, hasta 5.000 y desde 500 km. de alcance en la panoplia del Occidente quedan aún, en funcionamiento, un gran número de cohetes nucleares vigentes, que se hallan adscritos a las fuerzas del eventual campo o teatro de operaciones europeo. Estos artefactos tienen alcances de hasta 400 kms. y son abundantes. Pero dada la superioridad numérica del Pacto de Varsovia en fuerzas convencionales, es posible que una invasión de la Europa occidental por sorpresa, de esos ejércitos, lleven incorporados consigo, en su despliegue táctico un gran número de esos cohetes, integrados en la estructura divisionaria de los ejércitos soviéticos con lo que pueden decidir la suerte de la primera batalla, sin que la OTAN tenga un armamento nuclear igual y contrario de esa índole.

El conspicuo periodista francés, Claude Lellouche, especializado en problemas de defensa europeos, publicó hace pocos días un artículo en la prensa francesa y americana que sonaba como toque a rebato. Según él, el Acuerdo

es malo porque supone un «reblandecimiento» defensivo del Occidente y la renuncia a la guerra nuclear y equivaldría a una rendición de Europa occidental ante el Ejército rojo que impondría, poco a poco, su ley. «Solamente con la amenaza nuclear se evitará la definitiva desaparición de las democracias occidentales» llega a escribir. Para Lellouche, Alemania Federal se verá tentada por el señuelo unificador y todo acabará en la constitución de una especie de «Austria confederal», a escala gigante, pacífica y desarmada, sin ánimo de resistir la presión de los soviéticos. Doy este dato como ejemplo típico del grado de pasión a que pueden llegar estas polémicas.

La superioridad del armamento convencional soviético desplegado en la Europa oriental es, efectivamente, una realidad. Sin entrar, en el controvertido campo de la lucha de las cifras, puede afirmarse que en materia de artillería, tanques y número de cohetes tácticos operacionales, las fuerzas del Pacto de Varsovia, son superiores, netamente, a las desplegadas por la OTAN. En cambio, en materia de aviones —cazas y bombarderos— la superioridad de la Alianza Atlántica es abrumadora. Cabe, por consiguiente, decir que al final del balance, el desequilibrio existente en Europa no es tan grande como se afirma. Conviene recordar, asimismo, que según los cálculos más realistas, de ambos bandos, el cuadro total, podría resumirse en cifras así:

COHETES ESTRATEGICOS INTERCONTINENTALES. . . .	USA - 2.300 URSS - 6.426
SUBMARINOS CON CARGA NUCLEAR.	USA - 5.600 URSS - 3.000
BOMBARDEROS DE DISTINTOS MODELOS	USA - 5.600 URSS - 1.170
RESUMEN DE CABEZAS NUCLEARES	USA - 13.000 URSS - 10.500

Cifras que son a la vez realmente relevantes y algo sorprendentes.

* * *

Pero la cumbre de Washington cuyo análisis, en esencia, acabo de comentar, ha tenido un colofón inesperado y prometedor. Después de firmarse los Acuerdos, Reagan y Gorbachov han tenido muchas horas de *diálogo subsiguiente*, intenso y sustancioso. Han preparado el camino para celebrar otra cumbre —esta vez en Moscú— quizás en el mes de junio próximo y han evocado en esas conversaciones aquellos temas que podían ser objeto de otros Acuerdos. He aquí la enumeración de algunos de ellos.

1. ¿Por qué no reducir, sustancialmente, el número de cohetes estratégicos y de largo alcance? ha preguntado Gorbachov. A la mitad, por ejemplo. Es decir, que bajarían a unos 2.500 a 3.000 cabezas nucleares por cada parte.

2. ¿Por qué no aceptar la reducción sustancial de las armas convencionales en las que la URSS posee una «asimetría» notoria que le favorece?
3. ¿Por qué no estudiar la reducción o eliminación de las armas químicas que existen en «stocks» considerables en uno y otro campo? Hay en este terreno una dificultad debido a las complejidades enormes de la inspección mutua.
4. No se ha hablado de la guerra de las galaxias o «defensa espacial». ¿Qué proponen los Estados Unidos sobre tan importante cuestión?

Esta simplificación de preguntas o cuestiones no ha sido inventada por mí, sino recogida de las distintas y fidedignas informaciones o filtraciones que han llegado a la opinión en los últimos días. Resultan a mi juicio de gran interés.

Es muy probable que Reagan firme en la Cumbre de Moscú, prevista para junio de 1988, un acuerdo de reducción sustancial de los cohetes estratégicos. ¿Qué sentido tiene un armamentismo irracional y sin límites? ¿Qué ventajas ofrece el almacenar armas de exterminio total, si con mucho menor número, se puede acabar con la especie humana? Mi pronóstico es que ese «Acuerdo» de reducción de las armas estratégicas resulta probable y verosímil. Y que una locución verbal empleada por el líder comunista es significativa por su novedad. Antes, unos y otros, hablaban en sus diálogos de lograr una «absoluta superioridad». Ahora, en cambio, Gorbachov habló de una «razonable suficiencia» en el nivel de los armamentos nucleares propios. Es interesante esa concesión verbal.

* * *

Los propósitos concernientes a la reducción de los armamentos convencionales tienen una mayor complejidad. Es más fácil suprimir cohetes estratégicos o tácticos, que reducir contingentes de enormes ejércitos, en despliegue permanente: Las fuerzas totales en presencia alcanzan las cifras globales de *tres millones* de hombres de cada lado. En Europa, el despliegue efectivo es la mitad de esa cifra. Para dar una idea de lo que sería un acuerdo de esa índole bastaría decir que según los expertos atlantistas, la URSS, que tiene ahora 48.000 tanques desplegados, habría de reducirlos a 20.000. Mientras que las piezas de artillería debieran descender de 36.000 a 15.000. Todo ello sin mencionar la enorme dificultad de modificar las estructuras de un ejército moderno, dirigido en gran parte por ordenadores que ponen en unos segundos, la síntesis de la situación del campo de batalla, ante la vista del jefe de unidad, al nivel del último batallón que se halle empeñado en el combate.

* * *

Queda por último un punto que ha sido mencionado, tangencialmente tan sólo, por la distancia que actualmente separa a las dos grandes potencias en la materia. Es el que se refiere a la defensa espacial de los Estados Unidos que se denomina también, la «guerra de las galaxias». Para la Unión Soviética, es quizás el asunto de mayor transcendencia por el alcance de futuro que supo-

ne. Es el proyecto favorito del Presidente Reagan y ya ha sido puesto en marcha en una serie de aspectos tecnológicos y científicos, desarrollados en laboratorios, fábricas y ensayos parciales de la inmensa serie de inventos, de sistemas y artefactos que contiene. La Unión Soviética argumenta siempre en su contra, invocando el Tratado ABM o de limitación de los despliegues anticohetes que fue firmado hace años, entre las dos potencias y en cuyo texto se prohibía el despliegue en el espacio de un dispositivo de esa naturaleza, si no era de mutuo acuerdo. Se autorizaban, no obstante, los ensayos o pruebas de laboratorio. Ese Tratado es de dudosa vigencia por no haber sido ratificado por el Senado norteamericano en su día. Gorbachov propuso, al parecer, que se limitaran los ensayos de esa índole al ámbito de los laboratorios y los talleres, pero sin despliegue espacial efectivo. Parece ser que Reagan eludió cualquier compromiso sobre el asunto.

Uno de los motivos fundamentales de no querer interrumpir o reducir el programa americano de la IDS —que por cierto, tiene ya concedidos gran número de subcontratos, en marcha, a los países occidentales de la OTAN— es la serie de adelantos sorprendentes que se han conseguido, hasta ahora, en campos alejados del ámbito espacial. Por ejemplo, el prototipo de un «cañón electromagnético» instrumento que revoluciona y acaba con la artillería tradicional por su alcance, potencia, precisión y capacidad destructora. Y que acoplado al tanque de combate, modifica tan sustancialmente el papel de este artefacto, que los tanques actuales, en palabras del General Rogers «quedarían convertidos en una especie de tetera móvil, perfectamente inútil».

¿Será este punto, de fricción insuperable en la próxima Cumbre? ¿O habrá posibilidades de que se llegue a cooperar en la búsqueda común, de soluciones defensivas, tan perfeccionadas, que la amenaza de los cohetes estratégicos se convierta a su vez en un peligro remoto y auténticamente superado? El tiempo lo dirá. Y hasta cabe en lo posible que si la próxima «Cumbre» de junio en Moscú deje sin resolver algunos aspectos importantes, el Presidente Reagan sugiera celebrar otra reunión en el otoño antes del término efectivo de su mandato.

* * *

Pero ahora, echemos un vistazo a las reacciones producidas después del Acuerdo de Washington, el primer tratado de desarme nuclear de la historia, aunque sólo afecte al 4 por ciento del arsenal nuclear total. Este Acuerdo ¿significa que la Unión Soviética se halla dispuesta, a largo plazo, al abandono de la utilización de la guerra nuclear como parte esencial integrante de su política internacional? He aquí la cuestión fundamental. ¿O sólo se trata de una habilidad táctica de Gorbachov para ganar tiempo y cobrar prestigio en el ámbito mundial? Ha habido reacciones para todos los gustos en el campo occidental. Pero puede decirse que una abrumadora mayoría de ellas fue favorable a la interpretación positiva de lo acordado en Washington en el mes de diciembre. Me permito recoger aquí algunas opiniones importantes.

El Presidente Weiszacker, de la República Federal Alemana, dijo lo si-

guiente: «Las dificultades para llegar a un acercamiento sustancial con la Unión Soviética son todavía muy grandes. Y hay que pensar siempre en este asunto a largo plazo. Pero es evidente que hemos entrado en un nuevo capítulo de la historia militar internacional. No debemos sacrificar nuestra capacidad defensiva pensando que el sistema soviético vaya a cambiar. Pero ¿por qué tener miedo a una eventual y bien definida cooperación?»

El maestro de los columnistas americanos de signo independiente, James Reston, en un admirable y ceñido texto escribió estas palabras: «Quizás haya empezado hoy el final de la guerra fría al cabo de treinta y siete años. Acaso la Unión Soviética se encamine a la renuncia de la guerra nuclear. Es un momento de análisis profundo ante los cambios surgidos y entre ellos el más importante sería el abandono de la lucha ideológica frontal entre los dos imperios. ¿Habremos entrado en el terreno de la consulta y de la cooperación ruso-americana?»

Finalmente, ha sido espectacular el giro rotundo de Franz Josef Strauss, el intransigente campeón bávaro de la derecha implacable, frente a la Unión Soviética a la que era preciso —según declaraba una y otra vez— «borrar del mapa, por su intrínseca maldad». A la vuelta de un viaje suyo a Moscú, invitado por Gorbachov se deshizo en elogios del líder soviético: «Estoy convencido de su buena fe y de que desea renunciar a la guerra nuclear como instrumento de su política exterior —dijo Strauss—. Sería insensato por nuestra parte no reconocerlo y aceptarlo así». Hay quiénes se sorprendieron de estas afirmaciones y las relacionaron con su baja cota electoral última.

Otros creen que ha vuelto de Moscú con una promesa de sustanciosos pedidos de gran importancia para las empresas de alta tecnología de Baviera, con destino a los proyectos soviéticos de modernizar su industria de vanguardia con los métodos y adelantos occidentales.

Quizás sea curioso añadir un apunte final que cualquier conocedor profundo de la realidad norteamericana no dejará de saborear. Los medios de comunicación americanos tienen un sistema en virtud del cual, dentro de márgenes notables de libertad de expresión, aceptan sugerencias concretas del poder político cuando se trata del interés general del Estado. Yo he leído con delectación un número reciente del «Herald Tribune» que es hoy día «el periódico global» americano en el exterior de la USA. Los editoriales del «Herald» han sido favorables al Acuerdo. Pero en el número mencionado aparecen dos grandes informaciones de tipo confidencial en primera plana y como por casualidad. En una de ellas se anuncia que los ensayos destinados a construir un avión de espionaje, indetectable desde tierra, es decir, «invisible», de 6.000 km por hora de velocidad (cinco veces la velocidad del sonido) y que alcanza una altura de 30 km han sido enteramente satisfactorios y entra en la fase de construcción. Enumera a continuación los sistemas actuales de espionaje aéreo de unos y otros y llega a la conclusión de que este avión «*supersecreto*» (es un decir) tendrá repercusiones definitivas en el equilibrio futuro del armamento de las superpotencias.

Otra información, también en primera plana, comunica el término de una

gran investigación llevada a cabo por un grupo de expertos y personalidades entre las cuales se encuentran los ex-Secretarios de Estado, Kissinger y Brezinski que será entregado a Reagan. Contiene los principios de una nueva filosofía de la estrategia defensiva norteamericana de aquí a fin de siglo.

Lo más relevante del documento es la precisión extraordinaria de las nuevas armas que permitirá destruir o reducir las viejas armas nucleares estratégicas y utilizarlas, en forma mucho más reducida de tipo táctico, sin necesidad de arriesgar con su uso un holocausto nuclear mundial. No doy más detalles de este informe denominado de la «disuasión selectiva». Señalo lo interesante de esas dos piezas periodísticas que aparecen, precisamente ahora, con esos dos mensajes tranquilizadores a la opinión.

* * *

¿Qué puede decirse para resumir en pocas palabras las motivaciones del «Acuerdo de Washington» y las perspectivas de los meses próximos? A mi juicio lo siguiente: las dos superpotencias han llegado a la conclusión de que el armamento nuclear, por muy abrumador y capaz de exterminios masivos mutuos que resulte, no presupone que Norteamérica y la Unión Soviética vayan a repartirse políticamente el mundo en dos zonas de influencia. Los acontecimientos de estos últimos cinco años han comprobado, de forma evidente lo contrario, es decir, que no pueden imponer su voluntad a los demás pueblos. Washington y Moscú no son obedecidos, ni mucho menos, ni en Asia, ni en Africa, ni en Oriente Medio, ni en América Latina. El caso de Afganistán donde el ejército soviético se ha quedado enquistado con la guerrilla. Y el espectáculo del Golfo Pérsico, una ratonera naval donde una armada de 30 buques de guerra supermodernos norteamericanos no saben qué hacer, mientras los petroleros son incendiados cotidianamente por unas lanchas rápidas iraníes, son dos botones de muestra de lo que digo. A esto, se añaden los problemas interiores de su país, de cada uno de estos colosos.

La Unión Soviética se debate entre un régimen solidificado en los dogmas ideológicos del pasado —como un museo de dioses muertos— y una nueva generación que quiere cambio, apertura y libertades, frente al rodillo de los funcionarios. La situación económica es grave y requiere remedios drásticos. Las naciones ocupadas militarmente por Rusia desde el fin de la guerra mundial no disimulan su impaciencia por verse libres del dogal impuesto por el llamado Pacto de Varsovia. Y los numerosos grupos étnicos y lingüísticos del enorme mosaico de pueblos de la URSS empieza a manifestar su inquietud nacionalista.

En el otro lado de la imagen, una nación poderosa y riquísima, se enfrenta con un déficit público gigantesco, con una balanza comercial desequilibrada y con una crisis económica de largo alcance. El Presidente saliente, Ronald Reagan, gravemente averiado en su prestigio por el «Irangate», piensa que un Acuerdo pacificador con la URSS puede ayudarle a quedar incluido como antes señalaba, en la galería de los grandes Presidentes americanos de este siglo. Pero ya se presiente que un viento de crisis profunda va a sacudir a la sociedad norteamericana durante los próximos años.

Tales son las motivaciones que han empujado fundamentalmente, a estos dos hombres, a dialogar, a discutir y a entenderse al menos, parcialmente, en el terreno del desarme nuclear.

Así sucede, en ocasiones, en el curso de la historia, en que la coincidencia de nuevas circunstancias modifica el rumbo de las actitudes.